

UNA CORONA DE ENCINA



Novela original de Robustiana Armiño de Cuesta, 1853

Editada por Antonio Terrón Barroso, 2024

ESCRITORAS EN LA PRENSA DEL SIGLO XIX. EDICIONES DIGITALES

Serie coordinada por M.X. Lama y E. Losada

© De la edición, prólogo, bibliografía, notas e imagen de portada, Antonio Terrón Barroso, 2024.

Una corona de encina. Robustiana Armiño de Cuesta. 1ª edición del texto publicada en *El Correo de la Moda*, números 38-42, 1853.

Proyecto GenViPreF. Género, violencia y representación. Los textos de creación en la prensa femenina peninsular (1848-1918), REF.: PID2020-113138GB-I00.

Colaboran: ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere, Sexualitat de la Universitat de Barcelona; Càtedra UNESCO-Dones, Desenvolupament i Cultures; Ministerio de Ciencia e Innovación y Agencia Estatal de Investigación.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRÓLOGO	4
Maternidad truncada, apuntes históricos y sensacionalismo en torno a la figura de Erasmo de Rotterdam	
NOTA SOBRE LA EDICIÓN	10
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	11
UNA CORONA DE ENCINA	12
CAPÍTULO I. La cabaña	12
CAPÍTULO II. La Universidad de Leyden	13
CAPÍTULO III. El locutorio	16
CAPÍTULO IV. La corona de encina	18

PRÓLOGO

Maternidad truncada, apuntes históricos y sensacionalismo en torno a la figura de Erasmo de Rotterdam

por Antonio Terrón Barroso

Una corona de encina fue la segunda novela publicada por Robustiana Armiño de Cuesta en *El Correo de la Moda*. La primera entrega apareció en el número 38 (16 de octubre de 1853) y la última, un mes más tarde, en el número 42 (16 de noviembre de 1853). Todas las entregas fueron consecutivas, excepto la segunda, que saltó un número, apareciendo en el 40 (31 de octubre de 1853) en lugar de en el 39 (31 de octubre de 1853).

A priori, que un folletín publicado en una revista femenina del siglo XIX mezcle datos biográficos ficcionados de un personaje relevante para la historia de Europa con las consecuencias de una maternidad inventada que, a su vez, se ve truncada por el qué dirán, puede resultar, cuanto menos, llamativo. Esto es precisamente lo que hizo Robustiana Armiño de Cuesta en su segunda novela para *El Correo de la Moda*, una de las revistas femeninas más relevantes y longevas del siglo XIX en España. En ella, además, no sabemos si de forma consciente para conseguir quizás dar relevancia a su obra o a su propia figura como escritora, lanza o se hace eco de un bulo, proclamando a Erasmo de Rotterdam como hijo ilegítimo de Jacqueline de Baviera, conocida con el sobrenombre de Jacqueline (o Jacquelina, como la llama Armiño) de Holanda. Esta relación materno filial era totalmente inverosímil, ya que Jacqueline de Baviera falleció en 1436, treinta años antes de que Erasmo de Rotterdam naciera. Erasmo parece que no creció tampoco siendo oficialmente huérfano, tal y como se recoge en la novela, aunque fueron varias las teorías que contradecían la versión oficial sobre su nacimiento y procedencia (Zweig, 1937; Tracy, 1996; DeMolen, 2024).

La novela está construida como si se tratase de un relato biográfico verídico sobre la figura de Erasmo de Rotterdam, centrándose en dos momentos de su

vida: su nacimiento, inventado por Armiño, el cual se presenta a las lectoras en la primera entrega como un acontecimiento misterioso sobre el que se construye el resto de la narración; y su vida como estudiante en la Universidad de Leiden, concretamente en los días previos a un *concurso*¹ que se celebraría anualmente en la institución y cuyo objetivo era laurear públicamente a su alumno más brillante en una solemne ceremonia que contaba incluso con la presencia de miembros de la nobleza y la monarquía holandesas.

La Universidad de Leiden tiene un protagonismo destacable en la historia. Por un lado, es una de las localizaciones principales de la trama junto con la ciudad de Gouda (“Gonda”, según indica la autora en una nota a pie de página); por otro lado, su relevancia como institución educativa para el conocimiento de la época es señalada a través de menciones directas a personajes históricos que estuvieron vinculados a ella, entre los que encontramos, además del propio Erasmo de Rotterdam, a Julio Scaligero, a la familia de libreros Elzevir o a Hugo de Groot (al que llama “sabio Grotus”).

La descripción pintoresca que se hace de Holanda y sus gentes de forma paralela a la trama es también destacable. Del cielo de Holanda se dice que está “siempre oscuro y empañado por las nieblas”, y lo compara con “el azul puro del cielo de Italia” (p. 19). En cuanto a los holandeses, a la hora de describir a los dos misteriosos personajes femeninos que protagonizan el primer capítulo, se destaca que “sus trajes, eran sencillos, como lo son en general los de la clase media en Holanda” (p. 13). Este afán que parece tener la autora por introducir en la trama, de forma sutil o casi encubierta, elementos geográficos y personajes históricos, podría interpretarse como una forma de hacer que las lectoras estuvieran expuestas al conocimiento que se les negaba desde ámbitos formales como el universitario, muy presente en la obra. Las dos notas a pie de página que la propia Armiño incluyó en la novela podrían estar dando cuenta de esta pretensión, puesto que las utilizó para introducir datos que, aunque contextualizaban la historia, servían también para instruir a las lectoras, con las

¹ Por la descripción que ofrece Armiño, parece tratarse de una *disputatio*, un método de examen que se llevaba a cabo en las universidades, basado mayormente en la argumentación y el uso de la retórica en ceremonias normalmente públicas (Weijers, 2007).

que parece querer compartir su interés por la historia y la geografía, del que hace gala en algunos de sus trabajos para *El Correo de la Moda*, especialmente en las biografías ficcionadas de personajes históricos y en sus traducciones del francés y el italiano.

Aunque la novela contiene algunas imprecisiones y licencias creativas, está claro que Armiño se documentó en mayor o menor medida para localizarla tanto temporal como espacialmente en los Países Bajos, durante la infancia y adolescencia del protagonista, Erasmo de Rotterdam. Al ser capaz de leer y traducir textos en francés, además de en italiano, es posible que Armiño tuviese acceso o, al menos, que supiera de la existencia de la novela *Égalité des hommes et des femmes*, publicada en 1622 por Marie Gornay. La obra, de gran relevancia, es considerada hoy un texto fundamental para la historia del feminismo en Francia (Krier, 2009; Stuurman, 2013). En ella se abordaba, entre otras figuras relevantes, la vida y obra de Erasmo de Rotterdam. Quizás también tuviera acceso a las colaboraciones que Marie d'Agoult² publicó en la *Revue Germanique*, escrita en francés y editada en París, en la que d'Agoult presumiblemente dejaría entrever ya su fascinación por los Países Bajos.

Cabe señalar también que la relevancia literaria de la figura de Erasmo para la prensa europea no se circunscribió exclusivamente a Francia y España. En Inglaterra, Charles Reade se hizo eco, al igual que Armiño, de una versión extraoficial sobre las circunstancias que rodearon el nacimiento de Erasmo. A partir de 1859 Reade comenzó a publicar en el periódico londinense *Once a Week* una serie de relatos históricos sobre el sufrimiento que las obligaciones familiares y religiosas causaban a la humanidad. El punto de unión entre los distintos relatos era la figura de Erasmo de Rotterdam. Por problemas ideológicos con los dueños del semanario, Reade dejó de publicar sus relatos en *Once a Week*, hecho que propició quizás que se decidiera a recopilarlos y completarlos en una novela bajo el título de *The Cloister and the Heath* (1961). Al final de la novela, Reade afirma que Erasmo era hijo ilegítimo de los dos protagonistas, Gerard Eliassoen, un fraile dominico traicionado por sus

² Marie d'Agoult es autora del libro *Histoire des commencements de la république aux Pays-Bas*, publicado en 1872 bajo su seudónimo habitual, Daniel Stern.

hermanos y, su esposa, a la que da por muerta antes de tomar los votos. La novela de Reade contó posteriormente con una adaptación cinematográfica muda que vio la luz también en Inglaterra, con el mismo título, en 1913.

El interés que Robustiana Armiño parecía tener por los Países Bajos podría justificarse, además de por la relevancia religiosa de este territorio para la separación en dos bloques que experimentó el cristianismo, por la presencia en ellos de la monarquía española mediante las figuras de Carlos V y Felipe II. Como se desprende de sus colaboraciones para *El Correo de la Moda* dedicadas a la realeza y del poemario que dedicó a la reina Isabel II, Armiño era abiertamente monárquica, además de ferviente defensora del catolicismo tradicional, oponiéndose de forma clara en sus obras al “materialismo” que asociaba al liberalismo social y económico que se desarrollaba en partes concretas del viejo continente en las que, como es el caso de los Países Bajos, el protestantismo ganaba posiciones ideológicas y políticas al cristianismo tradicional.

En cuanto a las técnicas narrativas que utiliza Armiño en esta segunda novela para *El Correo de la Moda*, es reseñable el misterio que, de forma más que evidente, busca crear desde el primer capítulo, el cual decide centrar en el nacimiento de un niño en una cabaña en algún punto indeterminado de los Países Bajos, cerca de la ciudad de Gouda. Seguramente con el objetivo de potenciar el interés que la intriga generaría en las lectoras, en la primera entrega, que coincide con el primer capítulo, no se desvela la identidad de ninguno de los personajes, de los que solo se presenta su descripción física. La trama de esta primera entrega, además, tiene lugar durante la noche e incluye preguntas directas que parecen querer aumentar la curiosidad de las lectoras:

Sonó después la medianoche, grave y solemne, y en el momento se sintieron segunda vez a la puerta los dos golpecitos de inteligencia. Segunda vez se abrió también la puerta, y en medio del misterio que la noche presta a todas las cosas, introdujeron en la habitación de los cerrojos a un joven cuyo traje oscuro hacía adivinar un médico.

Aquellas damas, ¿eran jóvenes o ancianas? ¿Feas o hermosas? Difícil era, en verdad, adivinar nada, pues una de ellas, que parecía sufrir

bastante, llevaba el rostro enteramente cubierto con una mascarilla de terciopelo, y la otra estaba de tal manera envuelta entre los faralaes de una enorme cofia, que era punto menos que imposible distinguir sus facciones (p. 13).

El clima de misterio que se genera en esta primera entrega se mantiene hasta el final de la novela. Armiño no desvela hasta el último capítulo, que se concluye en la cuarta y última entrega, que la mujer que daba a luz en el primer capítulo era Jacqueline de Holanda, y el recién nacido, Erasmo de Rotterdam. Como ya se ha comentado, esta relación maternofilial era totalmente imposible, ya que Jacqueline de Baviera y Erasmo de Rotterdam no fueron coetáneos. Esta licencia creativa, que hoy en día se calificaría como bulo, junto con el misterio que se pretende generar en las lectoras desde el inicio, reflejarían técnicas editoriales propias del sensacionalismo. Según Stephens (2007), el desarrollo histórico del sensacionalismo permitió que las noticias llegaran a un público nuevo, especialmente a la clase trabajadora, que tenía menos interés en comprender detalladamente temas de política y economía, prefiriendo otros contenidos. A través de este enfoque sensacionalista que se observa en la novela, Armiño podría estar intentando educar a la audiencia femenina incentivando su interés por personajes y acontecimientos relevantes, tanto históricos como políticos, así como también por la geografía europea, haciéndose valer de contenidos populares que entretendrían a su público, mayormente mujeres de clase media y escasa instrucción.

Al igual que ocurría en su primera novela publicada en *El Correo de la Moda*, *El Ánima Sola*, el sufrimiento del personaje principal sigue siendo un elemento central en la trama. Tanto Erasmo de Rotterdam como Azucena, el Ánima Sola, son huérfanos, exaltándose en ambos la desgracia y el sufrimiento que ello les ocasiona. En palabras de la propia Armiño, ser huérfano es “el mayor desaliento” al que un alma humana puede enfrentarse:

Uno de los profesores lee en altavoz el nombre de los dos contendientes, el uno es el poderoso señor Conde de Stalen, lleno de títulos y riquezas; el otro es Erasmo, el pobre huérfano. Su figura distinguida, cuanto hermosa, lleva en todos sus rasgos el sello del verdadero genio, pero su

continente, triste, revela una esperanza perdida, un alma presa del mayor desaliento (p. 21).

La importancia que se le otorga a la opinión pública en esta novela, al igual que en la anterior, es también destacable. En el caso de Erasmo, el reconocimiento público de su erudición queda empañado por el supuesto hecho de no tener madre ni padre conocidos, dejando claro que no tener familia empañará cualquier otra circunstancia, incluidos los logros personales:

- (...) El misterio que rodea mi nacimiento absorbe todas mis facultades morales. ¿Quién soy yo para tomarme tanto afán por la gloria? ¿Tengo acaso un padre o una madre que se enorgullezca públicamente con mis triunfos? ... ¿Qué me importa la fama? Humo, nada más que humo, que se extinguirá conmigo. (...) Ahora, pobre planta olvidada en el desierto, ¿qué me importa la sociedad en sus vanos aplausos? Pobre bajel sin mástiles, al primer choque me estrellaré en la costa... (p. 17)

Con esta segunda novela, *Una corona de encina*, Robustiana Armiño da comienzo a una serie de trabajos que publicaría entre 1853 y 1855 en *El Correo de la Moda* y cuyos protagonistas serían personajes históricos, españoles o europeos. Su interés por la historia y la geografía, que parece también querer trasladar a las lectoras, se verá reflejada de una forma mucho más clara en las biografías ficcionadas de mujeres célebres que publicaría en la sección *Instrucción histórica* entre 1854 y 1855, también en *El Correo de la Moda*, y que se incluirán en esta serie.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En la transcripción de esta novela se han realizado pequeñas intervenciones sobre el texto original publicado en *El Correo de la Moda* en 1853 con el objetivo de facilitar su lectura. Las más significativas han sido, por un lado, las relacionadas con la puntuación y, por otro, con la acentuación, habiéndose adaptado en todos los casos a las normas del español actual. Se ha intentado siempre que el mensaje original no se viese afectado por los cambios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Armiño de Cuesta, Robustiana (1853). “Una corona de encina”. *El Correo de la Moda*, número 38, p. 300, Madrid.

—número 40, pp. 316-318, Madrid.

—número 41, pp. 323-324, Madrid.

—número 42, pp. 333 (323, error paginación)-334, Madrid.

DeMolen, R. L. (2024). *The spirituality of Erasmus of Rotterdam* (Vol. 40). Brill.

Krier, Isabelle (2009) “Souvenirs sceptiques de Marie de Gournay dans l’«Égalité des hommes et des femmes»”. *Clio. Histoire, femmes et sociétés* 29, pp. 243-257.

Stephens, Mitchell (2007). *A History of News*. New York: Oxford University Press.

Stuurman, Siep (2013) “L’egalité des sexes qui ne se conteste plus en France: feminism in the seventeenth century.” *Perspectives on Feminist Political Thought in European History*. Routledge, pp. 67-83.

Tracy, J. D. (1996). *Erasmus of the low countries*. University of California Press.

Weijers, O. (2007). “The medieval disputatio”. *Traditions of controversy*, pp. 141-50.

Zweig, S. (1937). *Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam*. Editorial Juventud Argentina.

UNA CORONA DE ENCINA

Robustiana Armiño de Cuesta

CAPÍTULO I. La cabaña

Las once sonaban en la capilla que hacía a veces de iglesia en una pequeña aldea situada en las cercanías de Gouda³. La noche era sombría, la lluvia caía a torrentes y, sin embargo, tres personas a caballo, cubiertas con largas capas, atravesaban resueltamente el camino que conducía a una miserable cabaña situada al lado izquierdo de la calzada.

Apenas llegaron a la puerta de la pobre choza que buscaban, una de las personas se apeó y dio dos golpecitos misteriosos. Un rayo de luz iluminó al momento la ventanilla, y la puerta se abrió de repente. Todo conducía a creer que los de la casa esperaban aquella visita.

- ¿Ha llegado?—preguntó en voz baja uno de los viajeros.

- ¡Oh! no, señor—respondió en mal holandés una anciana flamenca, que era la que había abierto la puerta. Ha quedado en venir a medianoche... pero... entrad... entrad... todo está a punto.

Al oír estas palabras, el caballero presentó la mano a las dos personas que permanecían a caballo, para ayudarlas a bajar, y todos tres entraron en la cabaña.

A la débil claridad que se percibía en el interior de la casa, bien se distinguía que, aunque envueltas en largos mantos, estas dos personas pertenecían al sexo

³ *Nota original de la autora: Gouda, ciudad de Holanda.*

Nota del editor: aunque el nombre de la ciudad aparezca tanto en el cuerpo del texto original como en la nota de la propia autora como “Gonda”, es muy probable que se trate de un error tipográfico o, incluso, de lectura o transcripción, cometido bien por la propia Armiño, o bien por quienes se encargasen de preparar los textos para su impresión en *El Correo de la Moda*. El nombre de la ciudad, Gouda, tanto en castellano como en holandés y francés, no parece haber sufrido ninguna modificación histórica que pudiera haber alterado su grafía ni antes ni después de la fecha en la que se publicó la novela.

femenino. El caballero que hacía de guía las condujo a una pequeña habitación que les estaba destinada, y saludándolas con el mayor respeto se retiró.

Apenas hubo cerrado la puerta, oyose por dentro el ruido que hacían al correr los cerrojos, y todo quedó en silencio.

Sonó después la medianoche, grave y solemne, y en el momento se sintieron por segunda vez a la puerta los dos golpecitos de inteligencia. Segunda vez se abrió también la puerta, y en medio del misterio que la noche presta a todas las cosas, introdujeron en la habitación de los cerrojos a un joven cuyo traje oscuro hacía adivinar un médico.

Aquellas damas, ¿eran jóvenes o ancianas? ¿Feas o hermosas? Difícil era, en verdad, adivinar nada, pues una de ellas, que parecía sufrir bastante, llevaba el rostro enteramente cubierto con una mascarilla de terciopelo, y la otra estaba de tal manera envuelta entre los faralaes de una enorme cofia, qué era punto menos que imposible distinguir sus facciones. En cuanto a sus trajes, eran sencillos, como lo son en general los de la clase media en Holanda.

Al cabo de algunas horas, percibíase en la habitación de los cerrojos alguna agitación como de personas que van de un lado a otro, y resonó un grito horrible seguido de ahogados gemidos, que hicieron estremecer a los habitantes de la cabaña.

Abriose entonces la puerta, y la dama cuyo rostro estaba envuelto en la enorme cofia, entregó al caballero que las había acompañado un niño que acababa de nacer.

El caballero lo envolvió en su capa, volvió a montar a caballo, y partió al galope... Luego no se oyó más que el ruido del caballo que se alejaba, y todo tornó a quedar en el mayor silencio.

CAPÍTULO II. La Universidad de Leyden

La Universidad de Leyden ha sido desde su creación semejante a esos ríos magníficos que arrastran entre sus aguas arenas de oro. De esta escuela

salieron los Gronovinos⁴, célebres por sus investigaciones acerca de la antigüedad de Grecia y Roma; Julio Scaligero, autor de la cronología antigua⁵; los Voscios⁶; los Elzelviros⁷, que llevaron la tipografía hasta un grado de perfección desconocido entonces; y en fin, el sabio Grotius⁸, uno de los genios más brillantes de su siglo.

Como unos 15 años después de la escena de la cabaña, de que hemos hablado en nuestro anterior capítulo, el interior de la Universidad de Leyden ofrecía una escena llena de interés y de animación. Todos los criados de ambos sexos estaban ocupados en lavar las paredes, fregar y pulir los muebles y los artesonados, convirtiendo los objetos de hierro en el acero más pulido y brillante.

La gran sala de recibo, adornada con guirnaldas de flores, estaba convertida en un vasto anfiteatro para los convidados, y a pesar de ser la hora de la recreación,

⁴ No me ha sido posible determinar con exactitud quiénes eran los “Gronovinos”, aunque podría tratarse del botánico Frederik Gronovius y su equipo. Gronovius fue profesor del colegio al que Erasmo asistió en la ciudad de Deventer. Otra posibilidad, quizás menos plausible, sería que el término estuviera relacionado con los habitantes de la finca Groenhoven, hoy desaparecida, en la actual zona de Vreewijk. Aquí se encuentra la antigua Facultad de Letras de la Universidad de Leiden, convertida hoy en la Facultad de Humanidades.

⁵ Es posible que Armiño confundiese a Julio Scaligero (Rocca di Riva, Trento, Reino de Italia; 23 de abril de 1484 - Agen, Lot y Garona, Francia; 21 de octubre de 1558) con su hijo, Joseph Justus Scaliger (Agen, 5 de agosto de 1540 - Leiden, 21 de enero de 1609), que fue un erudito adscrito a la Universidad de Leiden, conocido por la crítica histórica que realizó, incluso contra el poder de la Iglesia, lo que le ocasionaría sonados conflictos, como el que mantuvo hasta el final de sus días con los jesuitas.

⁶ Podría estar refiriéndose a Gerardus Ioannis Vossii, o Vossius (en su castellanización), un ilustre gramático del siglo XVII, y a su equipo. Otra posibilidad, quizás menos verosímil, sería que Armiño tradujera el término italiano “volsci”, un pueblo medieval, como “voscios”.

⁷ Los Elzevir, o Elzeviros, en su posible castellanización, fueron una reconocida familia de libreros, editores e impresores de los Países Bajos que se mantuvieron en activo durante más de 130 años y alcanzaron gran prestigio en el siglo XVII. Sus publicaciones se distinguían por su formato, pequeño y fácil de leer, su bajo costo y su propósito de entretener, siendo por ello pioneros en la creación de lo que hoy conocemos como libro de bolsillo. Su centro de operaciones estaba en la ciudad de Leiden, en cuya universidad trabajó como librero, editor y bedel Lodewijk (Luis) Elzevir, el fundador del negocio editorial que haría célebre a la familia.

⁸ Hugo de Groot (10 de abril de 1583, Delft, Países Bajos - 28 de agosto de 1645, Rostock, Alemania), también conocido como Hugo Grocio o Hugo Grotius, en la forma latina del apellido que escribe Armiño, fue un destacado jurista, escritor y poeta neerlandés, figura clave en la filosofía, la teoría política y el derecho en los siglos XVI y XVII. Estudió en la Universidad de Leiden donde destacó pronto como un joven prodigio. Debido a su participación en las controversias sobre la política religiosa de la República Holandesa, fue encarcelado en el Castillo de Loevestein, de donde logró escapar oculto en un baúl de libros. La mayor parte de sus obras más relevantes las escribió durante su exilio en Francia.

se veían vagar por los patios y corredores los estudiantes que caminaban silenciosos, repasando en sus cuadernos los trozos que debían recitar al siguiente día en el gran concurso en que iban a ser llamados para responder del empleo que habían hecho de sus horas de estudio.

El premio del vencedor será una corona de encina.

¡Qué gloria verse coronado y embriagado con las aclamaciones públicas, que llenan el alma de inefables delicias!

- Mañana—murmuraba para así cada uno de los aspirantes—mañana tal vez esa corona brillará en mi frente.

Sin embargo, entre todos los estudiantes que van de un lado al otro, que se entusiasman y esperan, uno solo permanece indiferente a cuánto le rodea. ¿Es desaliento, o demasiada confianza en sus fuerzas? Difícilmente podría adivinarse cuál de las dos cosas.

Sentado con negligencia en un rincón de la sala, abre maquinalmente un libro y corre, una tras otra, páginas que no lee, y solo parece salir de su apatía cuando oye llamar a sus compañeros al locutorio donde los aguarda su familia. Entonces brilla en su rostro melancólico el vivo encarnado de la vergüenza, y se le oye encarnar por lo bajo.

- ¡Para mí... nadie... nadie!

El joven estudiante, cediendo a sus tristes reflexiones, acababa de inclinar lánguidamente la cabeza sobre el pecho, cuando vino a sacarle de su enajenamiento la voz harto conocida de uno de sus jóvenes profesores.

- Erasmo,—le dijo— Mr. de Mansdorf⁹ os aguarda en el locutorio.

⁹ Los Manndorff son una antigua familia, de origen carintio, perteneciente a la nobleza austriaca. No parece que tuvieran ningún contacto con Erasmo de Rotterdam, al menos que esté documentado, aunque sería factible.

CAPITULO III. El locutorio

El extranjero que lo aguardaba en el locutorio era un hombre de unos cincuenta años, y cuyo semblante frío y severo, según lo exigían las circunstancias, dejaba percibir sin embargo ese aire de bondad que nos revela siempre un carácter noble y generoso.

Vestía un traje de paño oscuro y capa del mismo color, sujeta con dos broches de plata.

- Mi querido Erasmo, —dijo al estudiante abrazándole con la más viva ternura— ya hemos llegado a la víspera del gran día y espero que mañana, más feliz que en los años anteriores, obtengáis la corona que recompensa a la aplicación y al mérito. ¿Puedo contar, amigo mío, con que habéis hecho cuanto os ha sido posible para eclipsar al joven Van-Der¹⁰? Creo que no habréis olvidado que en el último concurso se llevó él el premio que con un poco más de aplicación hubieras obtenido sin duda.

- ¡Tenía madre! —respondió Erasmo con tristeza.

- ¡Ingrato! —exclamó con dulzura Mr. Mansdorf— ¿no soy yo nada para ti? ¿No te consideras obligado siquiera a manifestarme el menor agradecimiento por el cariño casi paternal con que te he mirado desde que viste la primera luz? Tú, que has nacido dotado ya con el germen del genio; tú, que serías capaz de enorgullecer el siglo que te vio nacer, pareces haber olvidado que el hombre tiene que responder al Hacedor Supremo del talento con que le ha dotado.

- ¡Perdonadme!—respondió el joven suspirando—, perdonadme, porque soy muy indigno de vuestras bondades. El misterio que rodea mi nacimiento absorbe todas mis facultades morales. ¿Quién soy yo para tomarme tanto afán por la gloria? ¿Tengo acaso un padre o una madre que se enorgullezca públicamente con mis triunfos?... ¿Qué me importa la fama? Humo, nada más que humo, que se extinguirá conmigo.

¹⁰ No he encontrado ningún coetáneo a Erasmo con este apellido, que parece estar incompleto. Algunos apellidos holandeses pueden contener las partículas “Van der”, que se utilizaron históricamente para marcar el origen o la pertenencia de la familia. Literalmente podrían traducirse como las preposiciones “de” o “desde” (van) y el artículo indefinido “el” (der).

- ¡Niño!—replicó Mr. Mansdorf—el genio es fuego del cielo, es una parte de la esencia divina que el Creador ha encerrado en algunas almas privilegiadas... ¡Créeme! El que sofoca en su corazón ese fuego sagrado, es un infame... ¡Un ingrato para Dios!... Me preguntas sin cesar quién eres y de dónde has venido... ¿No te lo he dicho ya? Un huérfano pobre y abandonado, al que hice educar para proporcionarle algún día un puesto honroso en la sociedad. En la época en la que yo te recogí, estabas a cargo de una pobre paisana.

- Sí, sí... Aún lo recuerdo... Yo la llamaba madre... ¡Ah! ¿Por qué me habéis arrancado de sus brazos? A no ser por la educación que me habéis tenido la generosidad de procurar, jamás hubiera conocido esta desesperación que me devora el alma... Sería ignorante... Pero en cambio, ¡no me avergonzaría de ser su hijo! Ahora, pobre planta olvidada en el desierto, ¿qué me importa la sociedad en sus vanos aplausos? Pobre bajel sin mástiles, al primer choque me estrellaré en la costa...pero... Esa paisana...¿quién me habría llevado a su casa?

- ¿Lo sé yo acaso? —respondió Mr. de Mansdorf algo cortado—. ¿Qué sé yo?...Tal vez algún gran señor...

- ¡Oh! Sí, sí... Ya comprendo—exclamó el pobre niño cubriéndose el rostro con las manos—, la orgullosa encina arroja su ramaje y la abandona a los hielos del invierno... Pues bien... Corazones desnaturalizados... Ya podéis estar satisfechos de vuestra obra... al menos, mi vida me pertenece... y puedo disponer de ella, sí, sí, quiero morir.

- ¡Desgraciado! —gritó Mansdorf—, ¿y tu madre?

- ¡Mi madre! ¡Oh, cielos! ¿Conocéis a mi madre? ¡Ah! ¡Decidle a esa mujer querida que me ame, que no rechace a su hijo! ¿Qué teme? ¿No puedo defenderla contra sus enemigos? ¿Es pobre acaso? Pues bien, yo trabajaré para sostenerla... no, no creáis que me falta valor para todo... ¿Ama la gloria? Escribiré... El amor materno guiará mi pluma, inflamará mi genio... mi nombre será célebre, y ella exclamará con orgullo: ¡es mi hijo!

- Joven—respondió Mr. de Mansdorf estrechando la mano de Erasmo con efusión—vuestros sentimientos son nobles y dignos del hijo de tal madre, pero escuchadme, la confesión que se ha escapado de mis labios es una falta tan

grave y de tan funestas consecuencias, que mi vida entera no bastaría para reparar el mal que mi loca indiscreción puede causar a vuestra pobre madre; dadme pues vuestra palabra de ser callado como la tumba.

- Os prometo que estaré mudo y frío como ella antes que mis labios hayan repetido vuestras palabras.

- Lo creo, hijo mío, y así no dudaría en confiaros los motivos que obligan a vuestra madre a vivir sin vos, si no temiese haceros más desgraciado. Pero tened valor y no desmayéis, porque muy pronto vendrá el día en que ella misma correrá el velo de este misterio que repugna a su ternura haciéndola ocultar el sentimiento más dulce que nos ha concedido la naturaleza.

- Gracias... gracias... —murmuró Erasmo besándole las manos—, gracias porque habéis hecho renacer la calma en mi espíritu abatido... ¡Madre mía! ¡Y quería morir sin conocerla! ¡Insensato!... Pero su nombre, su nombre... ¡Decidle para que le añada a mis oraciones... ¡Por compasión!... ¡Decidme cómo se llama!

- Su nombre —repitió Mr. de Mansdorf, mirando con desconfianza en derredor suyo—, vais a saberlo... vuestra madre es...

Un alumno que entraba en el locutorio hizo expirar la confesión en los labios de Mr. de Mansdorf, que estrechó fuertemente la mano del estudiante.

- Hasta mañana —le dijo alzando la voz—, no olvidéis vuestra promesa y contad con la mía.

CAPÍTULO IV. La corona de encina

El día 3 de septiembre de 1417 apareció magnífico el sol, contra su antigua costumbre. Se levantó brillante y esplendoroso como el sol de mayo; la brisa era dulce y perfumada, y el cielo de Holanda, siempre oscuro y empañado por las nieblas, ostentaba el azul puro del cielo de Italia; por eso llegaban de todas

partes nobles a caballo y plebeyos a pie con su traje de gala para asistir al concurso.

La calle de la Universidad de Leyden estaba cuajada con la servidumbre de los nobles, que más afortunados, pasaban a ocupar los asientos que les tenían preparados de antemano.

En un magnífico palco dorado y adornado con ricas colgaduras, llamaba la atención un precioso tapiz, que representaba el bosque sagrado donde los Bátavos¹¹ eligiendo por jefe a Clodio Civilis, juraron en medio de los brindis de un festín, sacudir el yugo de los romanos.

Este palco, situado frente del de los jueces, estaba ocupado por la princesa Jaquelina, soberana de Holanda, célebre por sus desdichas, por su belleza y por su valor¹².

En el mismo palco de la soberana, y a su lado, se veía el orgulloso duque de Borgoña¹³, y luego sobre un asiento menos elevado, cerca de las damas de

¹¹ Antiguo pueblo germánico que se asentó en territorios que pertenecen actualmente a los Países Bajos. Eran un subgrupo de los catos, conocidos por luchar con éxito contra el Imperio romano, por el que nunca llegaron a ser asimilados.

¹² *(Nota original de la autora): Jaquelina, hija de Guillermo IV, conde de Holanda, fue llamada a ocupar el trono por muerte de su hermano; se casó secretamente con Borcelin, Stalhouder de Holanda, y habiendo sido descubierta esta unión por los espías de su tío, el duque de Borgoña, abdicó el trono en su favor por salvar la vida a su esposo y poder vivir en su compañía.*

(Nota del editor): Guillermo IV tuvo una hija, Carolina, no Jaquelina (Carolina de Orange-Nassau-Dietz, 28 de febrero de 1743, Leeuwarden - 6 de mayo de 1787, Kirchheimbolanden), quién efectivamente accedió al trono de Holanda temporalmente mientras su hermano, el heredero, cumplía la mayoría de edad. Se casó con Carlos Cristián de Nassau-Weilburg, y tuvieron quince hijos legítimos. Al igual que ocurre con Jacqueline de Baviera, es imposible que pudiera ser la madre de Erasmo de Rotterdam, puesto que este nació en 1466.

¹³ Esta relación familiar entre la supuesta madre de Erasmo y el duque de Borgoña también parece ser una licencia creativa de Armiño. En los años en los que vivieron Erasmo de Rotterdam, Jaqueline de Baviera y Carolina de Orange el ducado de Borgoña lo ocuparon Juan I de Borgoña (1404-1419), Felipe II de Borgoña (1419-1467), Carlos I de Borgoña (1467-1477), María de Borgoña (1477-1482), Felipe I el Hermoso rey de Castilla (1482-1506), Carlos I de España (1506-1555), Felipe II de España (1555-1598), Alberto de Austria (1598-1621), Felipe IV de España (1621-1665) y Carlos II de España (1665-1700). Desde 1700, el título viene recayendo en los sucesivos reyes de España.

honor, y a cierta distancia de la soberana, estaba sentado Borcelin¹⁴, Gran Stalhouder¹⁵ de Holanda.

En tanto que todas las miradas se fijaban en la condesa y sus damas, el pobre Erasmo buscaba con la mayor ansiedad a Mr. Mansdorf entre los numerosos espectadores. ¡Cuánto sufría en aquellos momentos! La dicha que no había hecho más que entrever, se disipaba como un sueño... Tal vez Mr. Mansdorf le habría engañado... Pero ¡un caballero rebajarse hasta la mentira! ¡Imposible! Lo que le había dicho era la verdad, la pura verdad... Ya va a llegar... ¿Vendrá con su madre?... Con esta idea que le vuelve loco, Erasmo fija sobre todas las damas que le rodean sus ojos cubiertos de lágrimas, como si preguntas a cada una de ellas: ¿sois vos mi madre?

Abriose al fin el concurso, y una nube de estudiantes se presentó ante los examinadores, respondiendo atrevidamente a las preguntas y, retirándose llenos de esperanza a la fila de espectadores, aguardaban con ansiedad a que los jueces pronunciasen el nombre del vencedor.

Solo quedan ya dos alumnos que se preparan a sostener un combate reñido, porque son iguales en aplicación como en talento.

Uno de los profesores lee en altavoz el nombre de los dos contendientes, el uno es el poderoso señor Conde de Stalen¹⁶, lleno de títulos y riquezas; el otro es Erasmo, el pobre huérfano. Su figura distinguida, cuanto hermosa, lleva en todos

¹⁴ Es difícil establecer con exactitud quién era esta personalidad a la que Armiño presenta como Borcelin, Stalhouder de Holanda. Podría tratarse de algún miembro de la casa de los Mauregnault, también conocidos como De Buvry de Mauregnault y Boreel de Mauregnault, un linaje de nobleza holandesa desde 1815.

¹⁵ El término en holandés “Stadhouder”, que se adaptó al castellano como estatúder, podría traducirse como ‘lugarteniente’. Hacía referencia a un cargo político en los Países Bajos, ejercido por nobles que representaban a las provincias neerlandesas. La RAE, en su actualización de 2023 disponible en línea, define *estatúder* como “jefe o magistrado supremo de la antigua república de los Países Bajos. En un principio fueron lugartenientes del rey de España”. Desde la rebelión de los Países Bajos españoles en 1568, el cargo fue adquiriendo más poder, concentrándose en la figura de los príncipes de Orange. En 1747, se volvió hereditario dentro de la Casa de Orange-Nassau, que asumió esos títulos. El puesto dejó de existir en 1815 cuando los Países Bajos se transformaron en una monarquía hereditaria.

¹⁶ No me ha sido posible encontrar ninguna referencia que permita determinar si se trata de un personaje ficticio o real.

sus rasgos el sello del verdadero genio, pero su continente, triste, revela una esperanza perdida, un alma presa del mayor desaliento.

En el momento en que se levantaba para dirigirse hacia el profesor, que acababa de llamarle en alta voz, oyó detrás de sí a Mr. Mansdorf que murmuraba muy quedo:

- ¡Ánimo, Erasmo! Vuestra madre os ve y aguarda la corona de encina.

- ¡Y la tendrá!—exclamó Erasmo, cuyo rostro pálido se iluminó de repente con los reflejos del fuego divino, del fuego inspirador del genio.

Entonces, lleno de fe y de esperanza, respondió a todas las preguntas que se le hicieron con un lenguaje noble y desembarazado, muy diferente del lenguaje casi bárbaro de las escuelas; sostuvo varias tesis de matemáticas, y trató la materia teológica con esa expresión profunda que revela la verdadera ciencia.

El Conde de Stalen partía con él los aplausos de la multitud, que los aclamaba por igual, y el nombre del vencedor era todavía un problema, cuando Erasmo imploró a su ángel bueno, su madre, que semejante a la divinidad velara sobre él de una manera invisible.

Entonces leyó con voz firme y sonora los trozos escogidos de su traducción de los padres de la Iglesia griega, momento de una piedad sincera y de una vasta erudición.

En aquel momento, los numerosos espectadores que contenía la sala del concurso comprendieron que se hallaban delante de uno de los grandes talentos que aparecen de vez en cuando para ilustrar el país que los vio nacer, y en su entusiasmo, cubrieron el suelo con ramilletes de flores, haciendo retemblar el pavimento con sus estrepitosos aplausos. Orgulloso Erasmo con su triunfo, nos abriga más que un pensamiento, una idea... Su madre... que está allí, que le ve, que va a ser feliz con su corona de encina de vida solamente al mérito y a la aplicación. ¡Qué gloria para ella! Sin su recuerdo, sin su amor, Erasmo sabía muy bien que hubiera sido vencido como otras veces en la lucha.

Al fin, después de minuciosos debates, los magistrados y profesores van a proclamar al vencedor... el profesor más anciano se adelanta en medio de un religioso silencio, toma la corona de encina y se prepara a nombrar al elegido.

Todas las miradas estaban fijas en Erasmo, que temblaba de emoción.

- Muchos han sido dignos de un gran premio —dijo al fin el anciano profesor—, y es ciertamente sensible no poder recompensarlos; pero... no tengo más que una corona, y proclamo al señor Conde de Stalen.

Un murmullo de indignación general acogió el nombre del conde, sucediendo a este murmullo un sentimiento de compasión hacia el pobre huérfano.

El infeliz Erasmo, que acababa de perder la más bella de sus esperanzas, cayó sin sentido, exclamando:

- ¡Madre mía!

Del magnífico palco del duque de Borgoña sale a esta voz de una mujer que atraviesa la sala como un relámpago, y cae de rodillas ante el huérfano, sosteniendo cariñosamente su cabeza, que cubre de besos y lágrimas, exclamando:

- ¡Perdón, hijo mío! ¡Perdona a tu madre!

Era la princesa Jaquelina, la soberana de Holanda, que al ver la admiración que esta escena produce en el auditorio, se levantó y dijo con voz solemne:

- Nobles caballeros de Holanda, y vosotros fieles vasallos míos, reconoced en este niño a quien su orfandad acaba de privar de la más justa recompensa, al hijo de vuestra legítima soberana, y de su digno esposo Borcelin, Stalhouder de Holanda. Querido tío—añadió volviéndose hacia el duque de Borgoña—, os cedo el objeto de todos vuestros deseos, la corona que heredé de mi padre, y os la cedo gustosa, porque solo a ese precio se me permite ser esposa y madre.

Erasmo abrió entonces los ojos.

- ¡Hijo mío!—exclamó Jaquelina—, acabas de perder una corona, ¡la corona de conde soberano!

- ¡Y puedo sentirla!—respondió el niño abrazándola con alegría—. ¿Puedo sentirla cuando su pérdida me devuelve a una madre?